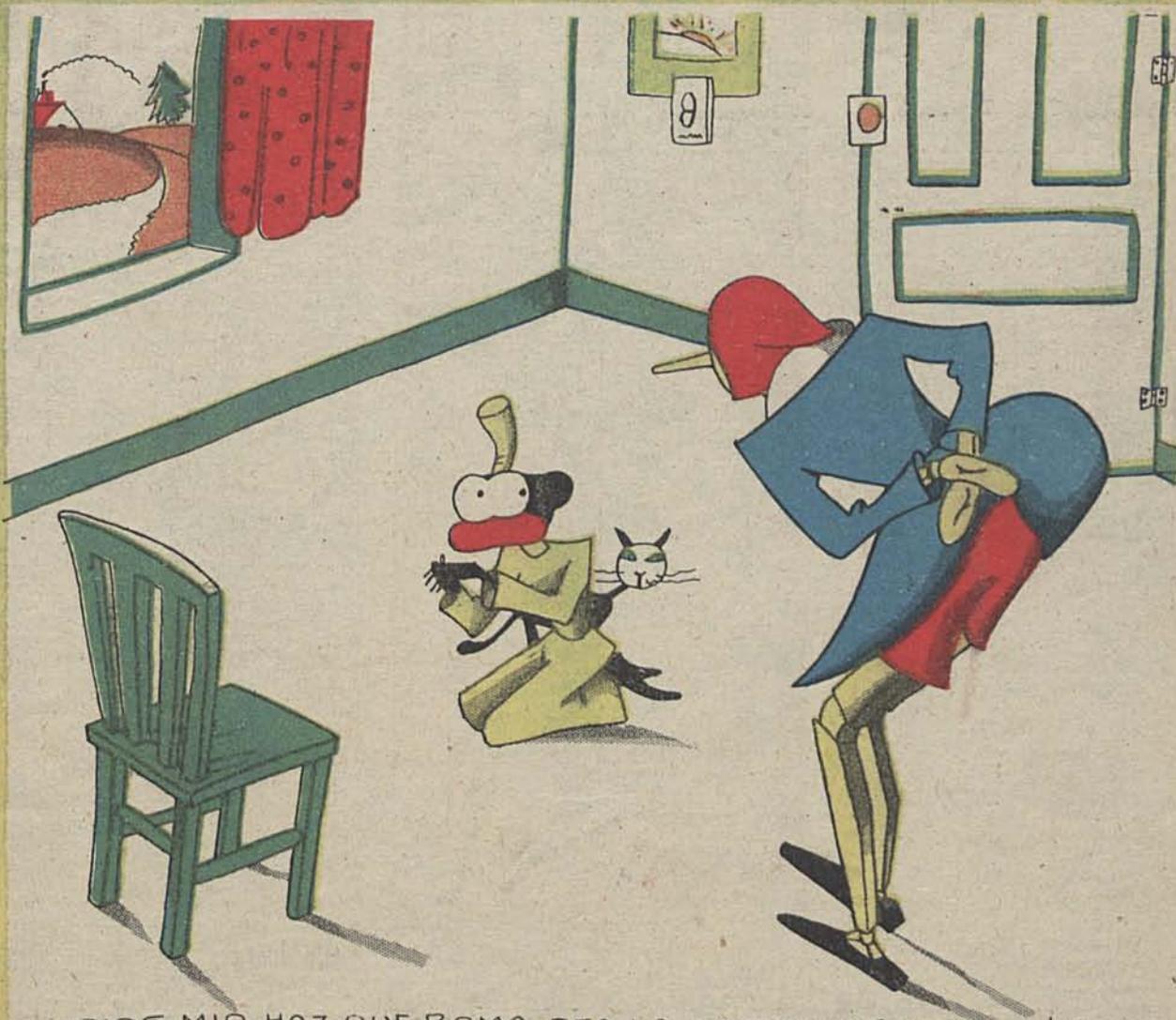


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 337

25 cts

2 AGOSTO
1931

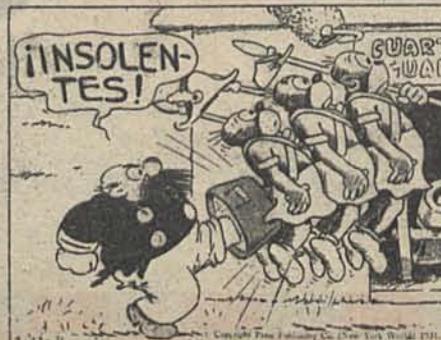


- ¡DIOS MIO, HAZ QUE ROMA SEA LA CAPITAL DE FRANCIA!
- ¿POR QUÉ PIDES ESO CURRINCHE?
- ¿PORQUE ES LO QUE HE PUESTO EN LA LECCION DE GEOGRAFIA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL DESIERTO DE HIELO

por
E. Salgari

(Continuación)

capitán—. Nuestros compañeros estarán inquietos por la au-

sencia tan larga.

—El volver a encontrar nuestro camino nos va a ser un poco difícil—respondió Torp—. La nieve ha ocultado nuestras huellas y además no tuvimos la precaución de proveernos de una brújula.

Se abrigaron como mejor pudieron, tomaron las armas y afrontaron intrépidamente el vendaval de nieve procurando dirigirse hacia la barca.

El frío se había hecho tan intenso que hacía casi imposible la marcha y las bufaradas de aguanieve les impedía a los desgraciados marinos mantenerse en la buena dirección. Para colmo de desgracia había empezado a caer una densa niebla que ocultaba a sus miradas las colinas que hubieran podido servirles para guiarse hacia el lado del mar.

Aumentaba su inquietud la propia convicción de que no tendrían quizá fuerzas para llegar allá y la suposición, duda tremenda, de que la tripulación al ver que no regresaban les diesen por muertos y se hubieran marchado de aquel lugar.

Anduvieron, medio a gatas, algunas horas luchando penosamente contra el huracán, cegados

por la nieve que les envolvía en densos torbellinos y ateridos de frío; después el capitán se detuvo diciendo que no tenía ya fuerzas para seguir adelante.

El desgraciado parecía estar a punto de caer sentado. Su nariz estaba blanca por un principio de congelación y las piernas se negaban a sostenerlo.

—¡Ánimo mi capitán—le decía Torp—. Si nos paramos aquí moriremos.

—Se me acaban las fuerzas—dijo el pobre hombre pudiendo apenas articular las palabras.—Déjame aquí e intenta tú de acercarte a la bahía.

—Si le dejo aquí abandonado al aire y al frío cuando yo volviera no le encontraba ya vivo. Busquemos donde refugiarnos y después le llevaré yo.

Como ya dijimos antes Torp tenía unas fuerzas gigantescas. Frotó bien con nieve la cara del capitán que ya comenzaba a congelarse y después le cogió entre sus brazos y se puso en camino casi corriendo.

La borrasca en vez de disminuir aumentaba en su furia. Turbonadas de nieve impulsadas por un viento impetuoso caían sobre los desgraciados cazadores envolviéndoles y cegándoles, mientras grandes pirámides de hielo a causa de aquel repentino cambio se agrietaban con horrendos estallidos como si dentro estallasen barrenos para desgajarlos.

El capitán completamente transido no daba casi señales de vida; sus labios se habían puesto

azules y su piel se ponía más blanca cada vez como si toda la sangre se le hubiera congelado ya.

El marinero sentía que poco a poco se iba entorpeciendo. Hacía esfuerzos sobrehumanos, pero se encontraba ante la imposibilidad física de continuar aquella lucha con aquella pesada carga que le abrumaba, no obstante su vigor extraordinario.

Si no hallaba un refugio morirían ambos.

De pronto se le ocurrió una idea.

—Hagamos lo que los esquimales—dijo— es el único medio que me queda para evitar morir helado.

Depositó al capitán en tierra y se puso a excavar apresuradamente en la nieve donde el viento la había acumulado formando un montecillo de cierta altura. Como no se había congelado todavía en menos de diez minutos excavó una profunda galería de tres metros de profundidad y lo suficiente amplia para que cupieran ambos y luego metió dentro de ella al capitán.

En las regiones polares, estando al abrigo del viento, se pueden desafiar temperaturas bajísimas hasta de 40° bajo cero como han soportado muchas veces los habitantes de aquellas regiones, mas sin viento. Torp y el capitán poco después no hallaron incómodo aquello, antes al contrario, sus cuerpos poco a poco fueron caldeando la temperatura.

—Los esquimales no me harán la injusticia de tachar de incomodidad a este «lecho de cazador» como llaman ellos a estos abrigos—dijo Torp—. Si el calor aumentase ahora un poco se librará el capitán del peligro de helarse.

Mientras hablaba no permanecía en reposo. Empapó en rhon un pañuelo de lana y comenzó a frotar con él el pecho y la cara del enfermo.

Aquellas enérgicas fricciones dieron un resultado inesperado. No había transcurrido un cuarto de hora cuando el capitán abrió los ojos.

—¿Estamos en mi barco?—preguntó.

—¡Así lo hubiese querido Dios!—dijo Torp—. Creo por el contrario que su barco debe estar ahora tan lejano que no tenemos que contar con él para nada

—¿Me has traído a una cabaña de los esquimales?

—Sí, pero a una cabaña que he construído yo, capitán, y donde nos encontramos además muy bien.

—En efecto, no me encuentro mal aquí. ¿Y la borrasca?

—Continúa aún y más violenta que antes al parecer, pues ya ha cerrado la entrada de este refugio.

—Torp, yo te debo la vida—dijo el capitán después de unos momentos de silencio—. Sin tí me hubiera muerto.

—Aún no puede usted decir del todo que estemos vivos. Si la nave se ha ido quedamos condenados a morir en este desierto de hielo.

—No desesperemos tan pronto, Torp.

—¡Oh, no, mi capitán!—respondió el marinero—. Además no hemos confirmado aún la duda de que el barco se haya marchado de la bahía. Cuando la tempestad cese iré a la bahía para cerciorarme.

No teniendo nada que hacer por el momento se tendieron uno al lado del otro para comunicarse mejor el calor y esperaron pacientemente a que el huracán cesase permitiéndoles salir.

Pasaban las horas y la borrasca no daba señales de disminuir.

Se oía el aire de fuera que rugía horrísono y los estallidos de las montañas de hielo que se desprendían.

La nieve seguía acumulándose ante la abertura de la galería tapándola poco a poco, más Torp de vez en cuando la desobstruía con su fusil para que no les faltase el aire.

(Continuará en el próximo número).



UNA PEREGRINACION A LA MECA

Con un fragor que casi ensordece las hélices del aerobús pinochista hienden el aire y empujan a través del espacio la mole del globo.

Después de una travesía muy accidentada por las costas meridionales de la Arabia donde se había desencadenado un violento temporal que a poco acaba con el aerobús y con sus pasajeros se encamina vertiginosamente con rumbo a la Meca, como gato escaldado que huye del agua del mar.

Tin y Ton están acurrucados en un rincón de su jaula, con una cara muy triste, porque ya habían creído como cosa segura que Corretón y el Inspector iban a ser pasto de los tiburones; pero se han fastidiado una vez más. Las condiciones de la aeronave son tan excelentes que no hay huracán que lo derribe, ni rayo que lo incendie, y sale siempre victorioso en todas las luchas con los elementos.

El buho se ha calado las antiparras y subido en su tribuna o púlpito espera que se haga el silencio entre los pasajeros que van llegando y acomodándose en su sitio.

Al fin, el silencio se hizo y comenzó a hablar.

—Vamos a llegar dentro de muy pocas horas a la Meca, la gran urbe arábiga tan célebre por las pere-

grinaciones que todos los años la visitan. Y antes de que estemos sobre la inmensa ciudad voy a hablaros sobre algunos detalles interesantes de las peregrinaciones.

Ya sabréis, que el año musulmán es lunar; es decir que sus doce meses constan, cada uno, de tantos días como una revolución lunar. Por esta causa el año sólo tiene 354 días. Como las fiestas árabes están fijadas en el calendario resulta que varían en relación al año sideral que es el de nuestro calendario.

Así, el peregrinaje a la Meca, la gran fiesta del Islam, cae tan pronto en invierno como en verano. Y como el calor en la Arabia es cosa insoportable los peregrinos que van a la Meca en plena canícula sufren horrorosamente los terribles efectos del calor y a muchos les cuesta la vida.

Afortunadamente para el mundo, las potencias europeas han tomado serias medidas de higiene para contrarrestar los efectos de las peregrinaciones, ya que, en los siglos pasados, este hacinamiento de masas humanas era el punto de partida de las grandes epidemias asiáticas, la peste, el cólera, etc., que luego de diezmar a los habitantes de aquellas regiones extendían por



Europa sus estragos.

La peregrinación a la Meca es uno de los fenómenos más curiosos en la historia de las religiones.

Para ser buen musulmán es preciso obedecer al pie de la letra la ley del Corán, hacer cinco plegarias por día, ayunar durante todos los días del mes de Ramadán y, desde luego, hacer la peregrinación a la Meca que, para ellos, es un rito de santidad. Todo peregrino está seguro de ganar el paraíso.

La costumbre de estas peregrinaciones fué impuesta por el mismo Mahoma hace muchos siglos.

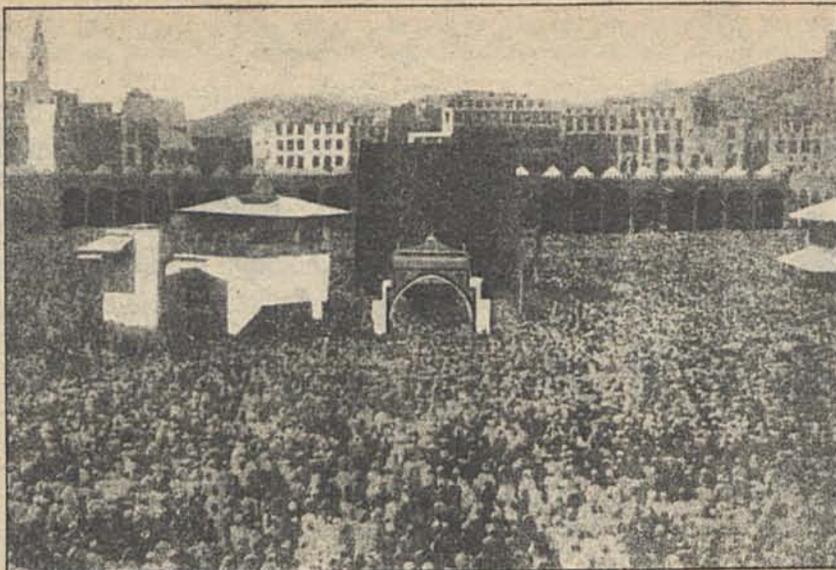
Dice el proverbio que nadie es profeta en su tierra y Mahoma, tampoco lo fué en la suya.

Nació en la Meca, pero perseguido por sus enemigos, que quisieron darle muerte, huyó a Medina, salvándose milagrosamente. Medina es un poblado que se alza en medio de una de las regiones más desoladas del mundo: en pleno desierto de arena.

La meca tenía ya una tradición religiosa. Allí fué donde, según aquella tradición, habitaron Adán y Eva después de su expulsión del Paraíso; allí donde Abraham e Israel, los dos fugitivos, hubieran muerto de sed, si el ángel Gabriel no hubiera hecho surgir la fuente Zem-Zem, que en el momento actual es todavía la única fuente de agua potable que existe en la Meca; y allí fué también donde Abraham construyó, él mismo, la famosa Kasba.

Mahoma fijó su residencia en Medina que consideró como su verdadera patria en agradecimiento a la hospitalidad que le había dispensado, y así, cuando volvió triunfador a la Meca, ocho años después de su huida, regresó en seguida a Medina.

Sin embargo, inspirándose en tradiciones ya existentes de un culto a una piedra negra, que probablemente debe de ser un pequeño aerolito, instituyó el peregrinaje a la Meca, para dar una base, aceptable por



todos, a su nueva religión.

Para asistir a estas peregrinaciones es condición indispensable ser musulmán. Está prohibido a nadie que no lo sea unirse a ellas, y con tal rigor se lleva la prohibición que si algún infiel, guiado por su instinto de curiosidad se ha atrevido a mezclarse con la muchedumbre, lo ha

hecho poniendo su vida en un grave riesgo.

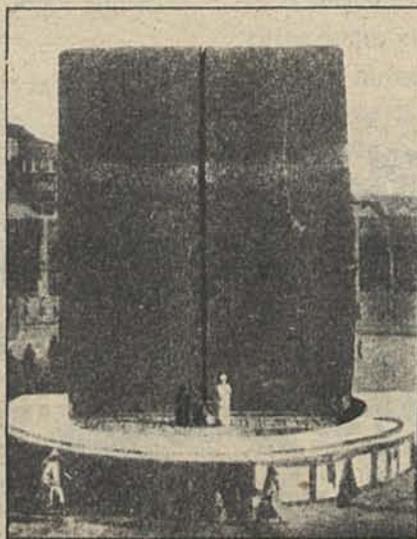
Cada año acuden unos 300.000 peregrinos de Arabia, Egipto, Sudán, India y China y por toda la región que han de atravesar ondea el pabellón verde del profeta. Antes de llegar a la Meca el peregrino ha de purificarse, desposeyéndose de sus vestidos, para cambiarlos por una túnica blanca, absteniéndose de fumar, de beber líquidos espirituosos, y de matar ninguna clase de animales.

Pasados ocho días pueden ya pisar la gran plaza donde se alza el enorme bloque de piedra de la Kasba. En este bloque, que está cubierto con un paño que todos los años regala el sultán de Egipto, se halla a la altura de un hombre la famosa piedra negra.

Antes de comparecer ante esta piedra el peregrino ha de dar, según una cadencia determinada siete vueltas alrededor de la Kasba cantando unas salmodias de la fe musulmana. Después el peregrino ha de hacer

sus abluciones en los pozos de Zem-Zem. Luego se celebra una solemne procesión y al fin pueden tocar la piedra negra. A la vuelta a su hogar el peregrino es recibido con gran pompa. Entra en su casa, no por la puerta, sino por una brecha que le han abierto en el muro, y en adelante llevará en su cabeza un turbante especial, añadirá a su nombre el título de *hadji* y sus hijos añaden al nombre con la fórmula de *Ben hadji* que quiere decir hijo del peregrino.

Cuando la charla del buho llegó a este punto ya parpadeaban bajo la barquilla del aerobús las lucecitas de la Meca.



ARISTARCO Y DON TORCUATO SON COMO EL PERRO Y EL GATO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, CURRINCHE, AQUEL QUE ESTÁ SALTANDO A LA COMBA PARECE DON EPICETO

EL MISMIÍSIMO ¡QUÉ ENCUENTRO MÁS FELIZ!



¡TOCINO!
¡TOCINO!
¡TOCINO!

OLE LOS TIOS ALMORZANDO FUERTE



TENGO PARA HOY UN PLAN CAÑÓN. UN PARTIDO DE RUGBY QUE VA A CAUSAR UN TERREMOTO DE EMOCIÓN ¿QUE TE PARECE?

QUE ES USTED EL TIO MÁS GRANDE QUE GASTA BIGOTE

TOCINO
TOCINO
Y
TOCINO



ESPERADME QUE VOY CORRIENDO A CASA A POR LOS TRASTOS PARA COMENZAR EL PARTIDO ¡ESTO VA A SER LA CARABITA EN BICICLETA!



PERO ¿ADÓNDE VA USTED CON ESOS CACHARROS?

EL PARAGUAS LO TRAIGO POR SI LUEVE Y EL PERCHERO POR SI NO LLUEVE, PARA COLGAR EL PARAGUAS

PREVISOR QUE ES USTED, SISEÑOR



¡EA! CADA UNO A SU PUESTO QUE VA A COMENZAR EL PARTIDO



¿ESTAMOS TODOS?

¡siiii!

¿NO FALTA NADIE?

¡NOOO!

PUES A LA UNA A LAS DOS Y A LAS...



¡APRIETA, CURRINCHE!

¡APRIETE, DON TURU!



¡SOCORRO!
¡QUE ME ASFIXIO!

¡MI ABUELA! ¡BUENA LA. HEMOS HECHO! ¡SI LO HEMOS METIDO EN EL BOLLÓN!





CHACOLIN Y SUS

COMPINCHES



AHORA MISMO NOS VAMOS AL CAMPO CON "CACHIVACHE."



ES USTED UN ABUELO CONSCIENTE

LLEVESE USTED EL PERRO A BUENO. VOY A ENTERRAR EL PAÑUELO



YA HE ENTERRADO EL PAÑUELO. A VER SI LO HUELE "CACHIVACHE"



ES MUY DIFICIL QUE LO ENCUENTRE

LO HE ENTERRADO MUY HONDO

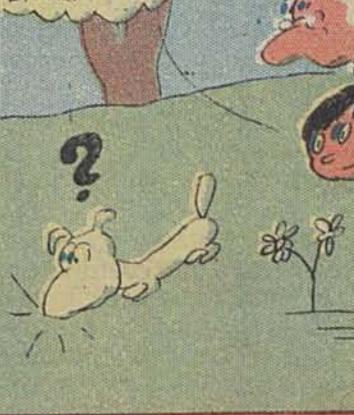


RRRR

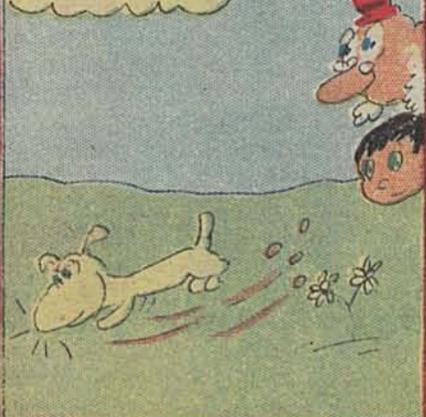
¡QUE LISTOS SON ESTOS ANIMALES



YA HA LLEGADO AL SITIO DONDE ESTA ENTERRADO



¡YA LO HA OLIDO! ¡YA LO HA OLIDO!





EL MAGO DE VILLAVICIOSA

UNA vez había una familia pobrísima que tenía un hijo llamado Antonio, chico muy listo y aplicado, que era el regocijo de sus padres. En las más hondas aflicciones, y en las penalidades más terribles, Antonio siempre encontraba frases de consuelo y esperanza.

Una noche en que paseaban por la feria miraban todos con triste desconsuelo los juguetes expuestos en las barracas, así como también los apetitosos mazapanes de Toledo, las peladillas de Alcoy y los sabrosos turrone de Jijona.

—¿Veis todo eso?—dijo el muchacho—. Pues de todo tendremos. Dios mediante.

—Te engaña tu buen deseo—dijo la madre—; a los pobres sólo nos toca sufrir en esta vida para ganar el cielo.

—Pues voy a revelarles a ustedes un pequeño secreto que guardo desde ayer. La mesa de la cocina, que es la que ahora tenemos en el comedor, a pesar de ser tan vieja y desvenecijada, nos va a producir un dineral.

—Pero, niño—dijo el padre—; si tiene el tablero abierto y las patas rotas, ¿cómo quieres que dé nadie por ella ni diez céntimos?

—Vaya—dijo el muchacho—; para probarles a ustedes la virtud de esa mesa tan fea, elijan de entre todo lo que hay aquí en la feria lo que más les agrada, y yo les respondo de que cuando lleguemos estará la mesa puesta, y en ella lo que ustedes hayan escogido.

Riéronse los padres mucho del chicuelo y le dijeron:

—Mira, Antonio; cuando lleguemos no estará la mesa puesta ni habrá nada de lo que dices, pero nos comeremos un trozo de pan y nos haremos la ilusión de que sabe a lo que cada cual quería. El mío me va a saber a perdiz estofada.

—El mío—dijo el padre—, a pavo trufado, y el agua que beba, a riquísimo moscatel.

—Bueno—dijo Antonio—; pues el mío me va a

saber a natillas, y con los tres platos haremos una comida agradable.

Cuando volvieron a su casa y llegaron a la puerta de su pobre habitación, les salió al encuentro cierto grato tufillo de cosas buenas para llenar el estómago; pero creyendo que era de otra parte no hicieron el menor caso; mas cuál no sería su sorpresa cuando vieron, a la vacilante luz de una cerilla, que la mesa estaba espléndidamente servida con cuanto habían deseado durante el paseo.

Quedaron paralizados por la emoción; pero el hambre tiene una voz tan fuerte, que les hizo sentarse a la mesa sin más ceremonia y engullir como desesperados aquel banquete que su buena suerte les deparaba.

Terminado el festín preguntaron a Antofito sus padres por qué medio había descubierto las maravillosas propiedades de la mesa, y cómo habiendo estado en tantos apuros, jamás se le había ocurrido a la mesilla portarse como aquella noche.

—Pues oigan ustedes—dijo el muchacho—; estaba yo anoche desvelado por el apetito, cuando oí a los pies de mi cama el ruido de un ratón. Me incorporé sigilosamente para no ahuyentarlo, y avanzando con mucho tiento logré echar la mano sobre la causa de aquel ruido prolongado...

No me equivoqué; era un ratón, que al sentirse cogido por la cola hizo toda clase de esfuerzos para escaparse. Al ver que era imposible su intento, se iluminaron sus ojos; fué creciendo sin cesar hasta hacerse del tamaño de un hombre, tomó la forma humana y me encontré que lo tenía cogido por las narices, las cuales no medirían menos de un palmo. Como yo no solté mi presa a pesar de aquella transformación, aquel ser extraordinario habló de esta manera:

«—Yo soy un mago, natural de Villaviciosa entrando por la carretera a mano derecha. Por las noches me convierto en ratoncito sólo para fastidiar al género humano, y de paso a ver si puedo roer el zancarrón de Mahoma, que vive, según mis artes mágicas me dicen, en una casa de la calle de Lope de Vega.





»—Lo que tenemos en casa es hambre atrasada y no zancarrones de nadie. Si en vez de ese zancarrón me trajeras un salchichón, verías con que gusto me lo comía antes que parpadearas.

»—Si me sueltas la nariz, que es mi flaco, no sólo tendrás un salchichón, sino todos los que hacen en Vich durante un año, y además no volverá tu familia a tener hambre.

»—Solté la nariz un poco escamado, porque he leído en los cuentos de Calleja que los magos suelen dar más bofetadas que dinero. Esperé algún coscorrón, más no fué así, pues por lo visto era un mago de buena familia, que cumplió su palabra como un caballero. Apenas le solté, cuando empezó a dar vueltas por la habitación como si se hubiera vuelto loco de alegría, y gritando lo siguiente:

«—Patatín, patatán
otra vez suelta me dan.

»Cuando se le hubo pasado aquella furia volvió hacia mí y me dijo:

»—Siempre que quieras algo, ráscate la oreja izquierda y verás cumplido tu deseo sobre la mesa desvencijada y rota que tenéis en el comedor. En una de sus patas tengo yo mi habitación nocturna; no trates de descubrirla porque perderás mi amistad.

»Se despidió de mi convirtiéndose nuevamente en ratón.

—Pues ya que tanto puede, ¿por qué no nos da ahora mismo un poco de dinero?—dijo el padre.

—¿Y para qué lo quiere usted si tendrá sin dinero cuanto apetezca?

—Pues quiero ahora mismo un traje de abrigo, porque estoy helado.

Rascóse Antonio la oreja izquierda, diciendo al propio tiempo:

—Patatín, patatán,
cuanto quiero me lo dan.

En el acto apareció sobre la mesa un envoltorio con un magnífico traje de lana.

—Pues ya, que haga el favor completo, pues de botas y sombrero ando mal. A ver si nos viste y nos calza a toda la familia.

Nuevo frote de la oreja, y después de repetir el patatín, patatán, apareció en la mesa un envoltorio donde estaban

perfectamente empaquetados seis pares de botas, dos para cada uno, y que les estaban como hechas a la medida. Apenas quitaron las botas apareció una caja llena de sombreros, un elegante traje de señora, otro de mucho abrigo para Antonio, dos capas y detrás de todo esto una porción de juguetes chicos y grandes, todos preciosos.

—¿Y dónde vamos a guardar todo esto—dijo la madre reparando en la falta de muebles de la habitación?—Anda, hijo, ráscate la oreja y di eso que sabes.

Obedeció el muchacho, y fueron saliendo de debajo de la mesa y corriendo hasta colocarse en sus sitios respectivos cómodas, sillas, armarios, todo sencillo, limpio y de gusto.

Los padres de Antonio apenas acertaban a dar crédito a sus ojos y todo se les volvía abrazar a su hijo y bendecir a Dios y al ratón de Villa-

viciosa.

Para colmo de felicidad apareció sobre la mesa un sobre que contenía una carta del ratoncito acompañando una credencial para el padre de Antonio. La carta decía lo siguiente:

«Bien está que se socorra, pero conviene que en lo sucesivo fiéis menos de la caridad y más en el trabajo.»

Crujió la mesa, y como si hubiera estado apollada por completo, se deshizo en menudo polvo, que una corriente de aire arrastró no sabemos dónde.

Quedaron un momento pensativos todos al ver deshacerse en un momento aquel mueble en que cifraban todas sus esperanzas, pero Antonio al momento se repuso, diciendo:

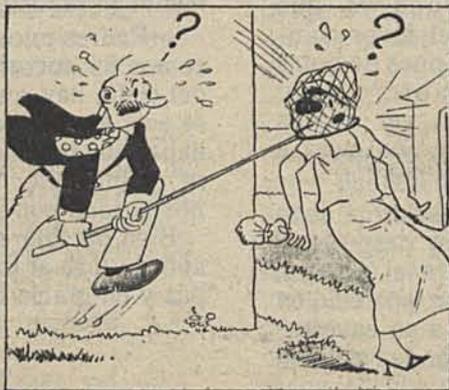
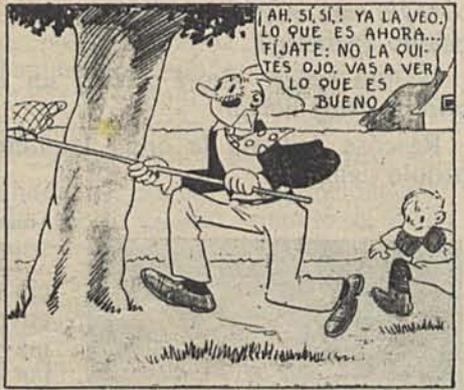
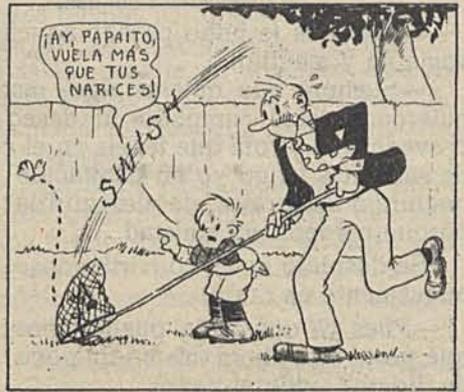
—Padres míos, ya veis qué elocuente es la lección: se nos ha socorrido, porque la caridad, que es don del cielo, hay que ejercerla con todos, pero cuando se está en aptitud de trabajar, hay que cumplir con el deber que tenemos en la vida. La ociosidad nos hubiera perjudicado; el trabajo nos redime, y la caridad nos corona con sus dones.

Bien pareció al padre de Antonio todo aquello, y aplicándose al trabajo logró mantener a su familia en paz y en gracia de Dios.

FIN



LAS COSAS DE D. PANCRACIO SON PARA VISTAS DESPACIO



COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Morronguis en su auto
Guillermo Virallé



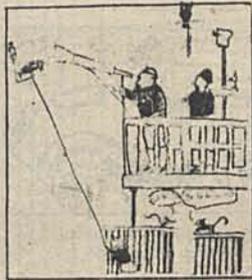
Retrato
M. Sesma



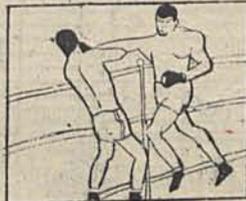
Ante la mesa
Alicia Marín



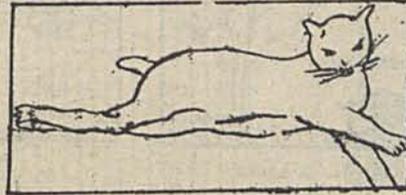
Paisaje
Santiago Puga



Escenas del aeróbús
Paco Pino



Un buen directo
José García



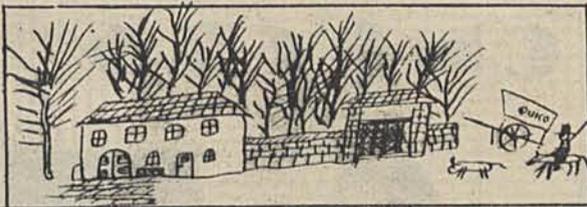
El gato de Tecla. Abilia Velasco



Una niña
Carmen Allí



Un pescador de caña
María Nieto



Mi casa de Pozoblanco.— Consuelito Fernández



Gaudencia Camacho



Un oso
Alejandrina Morán



Luisito mi primo
C. Ballester



Morronguis
M.ª Jesús Ballester



Automóvil.—G. Rubert



La maja
E. Avezuela



Cervantes
R. García



Muñoz-Seca
G. González



Una maceta
R. M. Miré



Don Gordón
Teresita Salvador



Una barca
Nuria Pons



Un amigo
S. González



Luisa
María Sesma



Mi perro
M.ª Jesús Ballester



Siluetas
A. Miré



Un dibujante
F. de Pedro



Don Turulato
A. Núñez



Currínche
G. Alegre



Un vagabundo
M. Sesma



Mi perrito
L. Alarte



Sirena
Ramiro García



Benavente
G. González



Jugador de golf
F. Miravete



Gallo
A. Miret



La novia de Colorín
N. Martínez



En el baile
L. V. Villacian



El castillo de Pinocho
Anita Palomar



Un aeroplano
Enrique Meneses



Angel Guimerá
Teresita Trujols



Don Turulato.—José Joaquín W.



La bruja
Ester Avezueta



Chonón
Juan Casellas



Currincho
J. G. B.



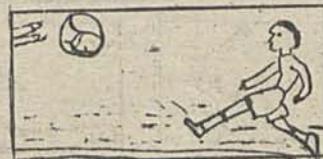
El terror de Tin y Ton
Antonio Núñez



Tilma
A. S. Miguel



Paisaje. J. Aguirre



Buen chut
Luis Ruiz del Árbol



El automóvil de Pinocho
Pedro de la Vega

VIDA PINOCHISTA



Miguelito Estévez
Dibujante prodigioso



Ricardo Sotomayor
5.º premio
de colaboración



Carmen Allí y Allí
2.º premio
de colaboración



J. Ordís Vilanova
Entusiasta colaboradora



Matilde Cabello
4.º premio de Problemas
y Pasatiempos



Ana María del Gíndico
Entusiasta pinochista
2.º premio



Fernanda Rubio
Pinochista decidida
y animosa



M.ª Gloria G. Fernández
Amante de la Historia



Alberto Rubio
Original y constante
dibujante

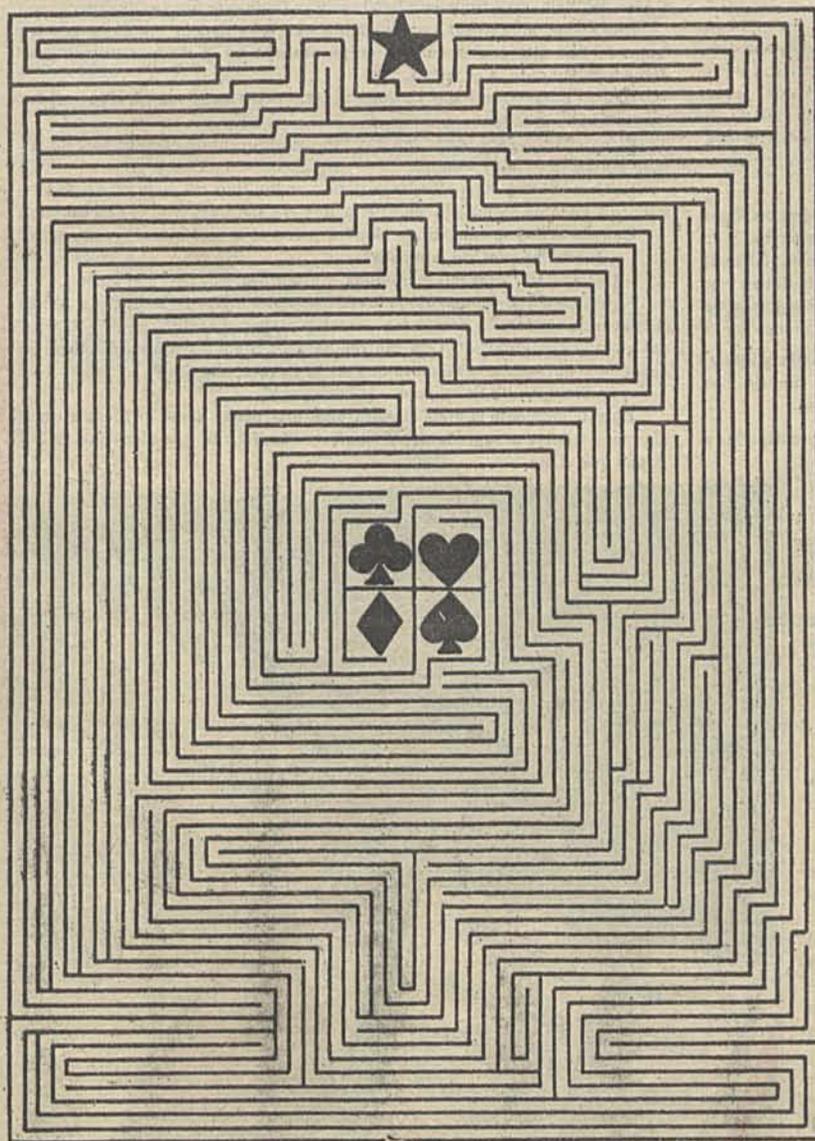


Alfredo Martínez
Premio de colaboración

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LABERINTO FRANCES



R. McKay

Hay que encontrar el camino que va desde el centro del laberinto a la estrella, pero tened en cuenta que, de las cuatro salidas que hay en este centro, tres de ellas son falsas.

¡A calentarse la mollera si es que no la tenéis bastante caliente con el calor de estos días!

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 337
DE AGOSTO

Envío del Pinochista D.

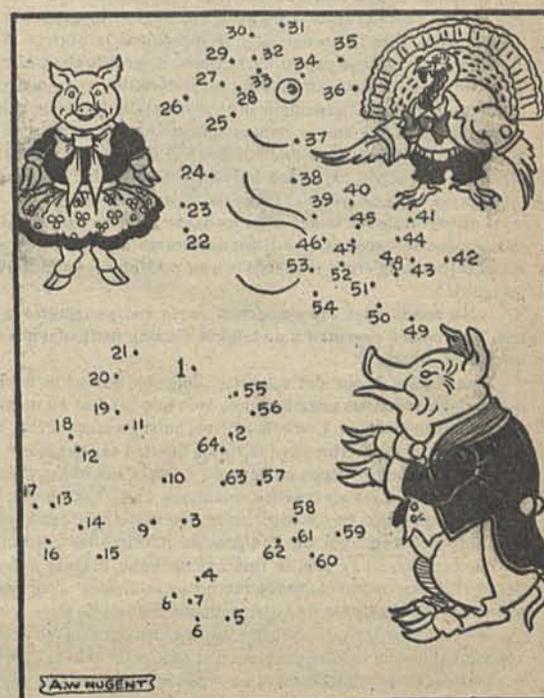
.....

.....

Si supieráis lo que están viendo estos animales no os extrañaríais tanto de su alegría.

Pero sospecho que pronto lo vais a saber puesto que casi todos vosotros conocéis el truquito de los números.

Coged, pues, un lápiz y unidlos con líneas empezando en el 1 y siguiendo el correspondiente orden.



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA



El concurso de canto del hada Plumalinda

Plumalinda era el hada de los pájaros y estaba disgustadísima con sus súbditos; figuraos que desde hacía ya mucho tiempo no había salido entre ellos un solo cantante de fama. Suspirando, recordaba los buenos tiempos en que el célebre Caruiseñor, y la famosa Patita, asombraban al mundo con sus trinos maravillosos.

Pero ahora, nada; si acaso algún canario Fleta, digo flauta, y gracias. Esto no podía ser; era un desprestigio horrible para Plumalinda y los suyos. Y es que los pícaros holgazanes de los pajarillos no trabajaban, no estudiaban el solfeo, no hacían sus ejercicios diarios de vocalización. Se contentaban con cantar al buen tuntun, como aficionados, por divertirse, mientras saltaban de rama en rama, yendo a sus compras de briznas para edificar sus nidos.

Entonces Plumalinda reunió a sus hermanas Ondina, Rosabella y Silvia, las hadas de los ríos, de las flores y de los bosques, y les pidió consejo. Las cuatro, sentadas sobre una nube gris perla cavilaron y discutieron.

—¿Qué haría yo para corregir a mis súbditos de su pereza y obligarles a estudiar el canto?

—Se les debe castigar severamente—dijo Rosabella, mientras trenzaba una corona de margaritas y amapolas—. Nosotras podemos ayudarte a ello.

—Por ejemplo—propuso Ondina agitando su mojada cabellera que chorreaba sobre sus hombros—yo puedo llenar de sal el agua de mis ríos y cuando vayan a beber...

—Y yo—dijo Silvia, desplegando la cola de su vestido de hojas verdes—puedo colocar espinas en las ramas de mis árboles y cuando vayan a posarse...

—¡No, no!—protestó Plumalinda—no quiero hacer sufrir a mis pajarillos: Prefiero estimular su celo con dulzura y habilidad.

Entonces las cuatro hermanas convinieron en que lo más acertado sería organizar un concurso internacional de canto, cuyo premio consistiese, amén de un diploma de honor, en una renta vitalicia de moscas y lombrices que son el alimento que prefieren todos los pájaros del mundo.

Después de tomado este acuerdo, Plumalinda mandó venir a una cotorra llamada doña Gaceta que era la gran pregonadora de sus decretos, y le dió orden de que difundiese la noticia. A la media hora no había pájaro en la tierra ni en los aires que la ignorase. La agitación entre los pajarillos fué enorme; desde aquel momento no hubo pájaro que no se pasara el día haciendo trinos y gorgoritos, preparándose para el concurso con la esperanza de ganar el magnífico premio prometido. ¡Ahí era nada! ¡Tener rico alimento asegurado para toda la vida, sin necesidad de volar a buscarse la miga de pan o el grano de trigo cotidiano!

Las huracas, los buhos y las lechuzas estaban algo fastidiados, porque se hacían pocas ilusiones acerca del mérito de sus voces respectivas. Pero el cuervo con su pedertería habitual, los tranquilizó:

No temáis—les dijo—vuestras voces son semejantes a la mía, y yo pienso concurrir y no tendría nada de particular que me llevase el premio.

Una de las bases del concurso indicaba que cada familia debía elegir entre sus miembros uno solo que cantase en nombre de todos los parientes. Con este motivo, hubo en muchas familias disgustos bastante serios porque varios querían ser elegidos.

Así en la familia jilguero, llegaron hasta a las uñas; y en la familia pinzón, a las alas; varios miembros de la familia gorrión estaban empeñados en concurrir en representación de otras familias, pero se los rechazó con indignación llamándoles gorriones.

En cambio, en la familiaruiseñor no hubo disputa alguna; desde el primer momento todos fueron unánimes en designar al que decía ser el paladín de losruiseñores: Pico de Oro.

No podía ser otro, en verdad; Pico de Oro era famoso por su voz maravillosa y todo el mundo sabía que en cuanto la cultivase, losruiseñores tendrían en él un segundo «Caruiseñor».

Y la cultivó; se fué a ver al reputado maestro don Pio Pardillo, que era doblemente canario puesto que además de serlo, había nacido en Canarias, y que era demasiado viejo para cantar, pero seguía siendo un excelente profesor.

Y el señor Pardillo le enseñó una canción nueva tan linda que, cantándola era imposible que no se llevase el premio. Todos los días, Pico de Oro iba a casa del viejo maestro y estudiaba en gran secreto la nueva canción.

Una noche, al regresar a su domicilio nuestroruiseñor volaba junto a las ramas de una alta encina cuando de pronto oyó un canto maravilloso y se detuvo, asombrado, a escuchar.

¿Quién podía cantar así? La voz era casi tan hermosa y la canción casi tan bonita como las suyas.

Pico de Oro apartó unas hojas y vió un nido humildemente amueblado pero muy mono y muy limpio.

Había en él una vieja alondra acostada en mullido colchoncito de plumas y junto a ella una alondra joven y bella, que era, naturalmente la que cantaba. Cuando acabó su canción, la alondra joven se acercó al lecho y preguntó:

¿Qué tal he cantado, abuelita?

—Has cantado a las mil maravillas, Uñita Rosa,—contestó la vieja.

—¡Ay, abuelita!—prosiguió la joven con un suspiro—. ¡Cuánto me gustaría llevarme el premio! Somos tan pobres y estás tan malita. ¡Figúrate, moscas y lombrices a diario! ¡Con ese régimen de comida te pondrías buena en seguida, seguramente! ¿Tú crees que me lo llevaré, abuelita?

—Lo creía, Uñita Rosa, pero...

En este momento la vieja alondra hizo una pausa como si fuera a decir algo muy triste y desagradable. Y en efecto añadió... lo que sabremos el domingo que viene.

